



Emilio Cao.

tamente, pero que se eleva con fuerza universal por encima de las contingencias y de las manidas "señas de identidad".

Plenamente enmarcado en la corriente imparable de "sonoridad celta", deudor seguro de la obra y del espíritu de Alan Stivell, sería un error calificar a Emilio Cao como un producto de la moda superficial, o un oportunista subido al carro de "lo que se lleva". En primer lugar, porque ni siquiera en estos momentos el "sonido celta" mueve montañas (aunque sí arrastra unas cuantas multitudes), ni, previsiblemente, cuenta con el apoyo del gran sector crítico más propenso al rock y sus múltiples derivados. Así que, de comercial esta música, más bien poco.

Y, fundamentalmente, porque el aún joven, pero ya calvo, Emilio Cao es un músico como la copa de un pino. Probablemente, a la altura de un Lluís Llach en cuanto a capacidad compositiva; parangonable a un Amancio Prada por lo que a intensidad emocional se refiere, y experimentador y arriesgado como ciertos artistas vascos o andaluces del presente.

"A lenda da pedra do destino" combina sabiamente momentos instrumentales de una idílica y ensoñadora belleza serena, con cuentecitos y poemas de palabras susurrantes y bucólicas imágenes. Quizá demasiado etéreas para los abigarrados habitantes de la sociedad urbana, pero no olvidemos que Cao procede y se interesa más por el rescate o el recuerdo de ciertos va-

lores campestres, hoy en desuso. Pero también hay inquietantes líneas que nos remiten a realidades del inconsciente o del subconsciente, mundos que el poeta sabe tan propios como las verdes y húmedas campiñas exteriores:

Además de compositor y estudioso del folklore gallego-celta, no solamente el sonoro, sino el literario y el popular, Emilio Cao es un multifacético instrumentista. En el disco aquí comentado exhibe una poderosa cantidad de artilugios, que van desde la clásica arpa, hasta la asimismo legendaria zanfona. Pasando, no se crea que todo es pretérito, por aparatos eléctricos como el bajo o el "teclado wellson". Asimismo, guitarra acústica, mandolina y "citola". Pocos músicos, y menos canta-autores, pueden demostrar, en España, tal variedad de conocimientos. Únicamente la gaita, flautas o percusión de Xoan Silvar acompaña el casi-monólogo de Cao que, sin embargo, resulta en todo momento rico y lleno de luces. Para acabar el disco, Cao se rodeó de tres músicos irlandeses, para grabar un prometedor y extensivo tema de acercamiento a otras culturas celtas. "Bienvenidos a las tierras del Norte" se constituye en el justo punto final de una etapa, y quizá preludio de una subsiguiente, donde la "galluguidad" de nuestro autor se entronque aún más al resto de los pueblos celtas. La piedra del destino habrá recorrido entonces, otra vez, su camino. Y la leyenda continúa... ■ ALVARO FEITO.

## MUSICA

### La muerte de Alfred Deller

A los sesenta y siete años, cuando preparaba importantes realizaciones para próximas temporadas, ha muerto el contratenor Alfred Deller, gloria nacional inglesa, y el mejor cantante de un país de cantantes. De un lado, la parquedad y redundancia de nuestra actividad concertística; de otro, la lejanía de sus grabaciones para Vanguard y la azarosa representación española del sello Harmonia Mundi, han hecho a Deller un



Alfred Deller.

músico más a sumar a la lista de ilustres desconocidos en nuestro país.

Había nacido en Margate, el 30 de mayo de 1912. Era un contratenor natural, lo que quiere decir que su voz era auténticamente de contralto, y no tenía que recurrir al falsete. Dedicado desde sus comienzos a la tradición musical británica, que favoreció siempre esa singular especialidad vocal, Deller fue objeto de sucesivos descubrimientos. Michael Tippett le escuchó en Canterbury, y le hizo debutar en Londres. Gustav Leonhardt le recomendó a los directores de Vanguard, sello discográfico norteamericano para el cual Deller trabajaría durante más de una década, y donde en-

contró a algunos artistas que, como Nikolaus Harnoncourt, propugnaban una manera distinta de interpretar la música anterior al clasicismo.

Con parecida intención, pero criterios menos historicistas, Deller había fundado en 1948 el grupo que llevaba su nombre, el Deller Consort. A su frente desarrolló una importante actividad, de la que sólo le apartaron sus ambiciosos proyectos de los últimos años, más un explicable cansancio —se veía obligado a actuar por todo el mundo más de siete meses al año—, y la seguridad de haber dejado el relevo en buenas manos, las de su hijo Mark, también contratenor y también músico aventajado. A lo largo de los años, el terreno de sus investigaciones e interpretaciones se había ido ampliando: en el tiempo, llegó bastante más atrás del Barroco y el Renacimiento; en el espacio, hizo pronto famosas sus versiones de muchos compositores continentales, sin excluir a Bach.

El Consort centraba la mayoría de sus ocupaciones. Más tarde, aún encontraría tiempo que dedicar a la dirección artística de su propia etiqueta de discos, Deller Records, dependiente de la casi familiar Harmonia Mundi. Pudo hacer, no obstante, destacada carrera como solista, incluso en música de nuestro siglo; Benjamin Britten escribió para él el importante papel de Oberon en la ópera "El sueño de una noche de verano".

Multitud de partituras históricas revisadas, cantidad de montajes escénicos puestos al día, dan testimonio de su dilatada labor. Quedan también sus discos, y especialmente los dedicados a la música británica. Recuerdo ahora sus incomparables ediciones gramofónicas de las célebres "Queens" de Purcell, "The Fairy Queen" y "The Indian Queen"; también una animada versión de "Dido y Eneas", que encuentra más competencia. Pero es inútil tratar de hacer reseña de una serie inacabable de grabaciones, entre las cuales se distinguen numerosas piezas de coleccionista, aunque pocas, por no decir ninguna, se vean en esas "discotecas básicas" que denuncian la orientación teutónica del gusto musical. En algunas facetas del arte, Gran Bretaña parece más isla. ■ JOSE RAMON RUBIO.